

siones de observar esta indiferencia habitual con que se desentienden de la presencia de sus esclavos : porque hablan de ellos, de su condicion, de sus facultades y de su conducta, de la misma manera que si fuesen incapaces de oír. Una vez ví á una señorita que, sentada á la mesa entre un hombre y una muger, se fué retirando por modestia tanto de aquel, que se colocó en la silla de su vecina, para evitar la indelicadeza de tocar el codo de un hombre, y despues ví á la misma señorita pasarse el corsé sin la mas leve repugnancia delante de un lacayo negro. Un caballero de Virginia me dijo : que desde que se habia casado, habia tenido la costumbre de hacer dormir una muchacha negra en su cuarto con él y con su muger. Yo le pregunté; para qué podia ser necesaria aquella asistencia nocturna? — ¡«Santo cielo! me respondió; qué habria sido de mí, si hubiera necesitado un vaso de agua por la noche?»



CAPITULO XXIII.

Frutas y flores de Marilanda y de Virginia. — Culebra de cascabel. — Insectos. — Elecciones.



El verano que pasamos en Marilanda (1830) fué delicioso. El termómetro se mantuvo en 94 grados, pero el calor no fué ni con mucho tan pesado como nos lo habia parecido en el Oeste. En ninguna parte de la América del Norte son las producciones naturales del suelo ni tan variadas ni tan hermosas. Bajo los pies brotan por donde quiera fresas del sabor mas exquisito; y cuando las fresas pasan, no hai valle, otero ni cañada que no parezca una arboleda, cuyas ramas colorean cargadas de cerezas, ofreciendo sus tesoros al que quiere levantar la mano para cogerlos. Vienen luego los melocotones y albérchigos que cubren todos los cercados; su fruto, aunque ni en tamaño ni en gusto pueda competir con el que se cultiva en nuestros huertos, nos procuraba

sin embargo un agradable y frecuente fresco en nuestras giras y paseos. Pero lo que mas que todo completa la hermosura de aquella region, y la hace superior á cuantos paises he visto (excepto los Aleghanies), son las flores y los arbustos floridos que la pueblan. No puede darse una descripcion capaz de producir la idea exacta de su variedad, abundancia y lozanía. El lector ingles, si le habló de rosas silvestres por egemplo, se figurará que le pinto las flores desmayadas y efímeras que nacen entre los espinos de nuestros valladares; mas las rosas silvestres de Marilanda y de Virginia podrian ser las sultanas predilectas de nuestros jardines. Si no son en general mui dobles, son siempre tan brillantes que el esplendor suple á la vista la sencillez. Hailas de todas tintas y matices, desde el carmesí mas subido hasta el color de aurora mas suave. La fragancia de estas hijas del desierto es rica y delicada, y su tamaño excede al de las rosas simples que yo he visto en nuestros climas, teniendo muchas veces cuatro pulgadas de diámetro. La hoja se parece bastante á la de las rosas de China; y es grande, oscura, consistente y lustrosa. El agavanzo ó escaramujo, se cria espontáneamente y florece con abundancia; sus hojas y flores son mucho mas grandes que las del mismo arbusto que se conoce en Inglaterra. La acacia, ó como allí la llaman,

la langosta (locust), se cubre de flores con tanta profusion que yo he cojido una rama de un palmo, en que se contaban doce espesimos racimos de ellas: el perfume que exhalan recuerda el aroma del azahar ó flor del naranjo. Descuella tambien entre los vistosos ornamentos de los bosques el árbol del amor con sus ramas chatas á los lados abiertas en forma de abanicos y esmaltadas de blancas flores como estrellas y tan grandes como las flores del cisto. Otro arbusto mas pequeño pero lindísimo es la frángula ponzoñosa: es un bien que sus cualidades nocivas sean conocidas tan generalmente, porque el atractivo de sus ramos de flores blancas en forma de franjas delicadas seduce aun al que las conoce, aunque solo el tocarlas produce hinchazones violentas. El árbol de Judea abunda en todos los bosques; su brillante y delicado clavel es el mensajero mas temprano de la primavera americana. Crece allí todo con la misma fecundidad salvage; las azaleas, blancas, amarillas y rosadas; las calmías de todas especies, y tambien la dulce magnolia y la gigantesca adelfa. La enredadera de Virginia trepa por los árboles mas altos de la selva, y despliega sobre las espesas cimas sus trompas de púrpura esplendente. El saxifras es un arbusto mui bello; sus hojas crecen en manojos, y cada manajo con-

tiene cinco y seis diferentes formas : su fruto sobre todo no puede ser mas gracioso ; parece una bellota pequeña , y es negro como el azabache , teniendo el cáliz y su tallo todas las apariencias del coral. La parra graciosa y fantástica contribuye á dar un aspecto particular á aquellos cuadros , pero las errantes guirnaldas y festones de sus sarmientos se asemejan tan poco á nuestras parras como las entecas azaleas y enfermizas magnolias de nuestras estufas se asemejan á las lozanas y fecundas azaleas y magnolias de América.

Hai otro encanto mas en aquellos climas durante el verano , encanto que tal vez es el único que se halla en su mayor perfeccion en el Oeste , pero que en cualquiera parte inspira el mismo deleite. Si salís un dia sereno en uno de los meses de estio , tendreis que moveros en una atmósfera de mariposas de matices tan ricos , de formas tan variadas , que solia muchas veces antojárseme que eran flores que volaban. Algunas de ellas son mui grandes , pues tienen tres y cuatro pulgadas de un extremo á otro de las alas ; pero las mas , y para mi gusto las mas preciosas , son mas pequeñas que las nuestras. Unas tienen las alas del color mas delicado de espliego y el cuerpecillo negro ; otras son pardas y de color de rosa , y otras anaranjadas con mezcla de un azul brillante como el

cielo. Mas aunque son tan lindas , no tanto deleita los ojos su hermosura como su número. Sus giros vagarosos , su silencio , sus torbellinos variados , cuando cruzan por el aire y se buscan , y se esquivan , y llegan á encontrarse y se revuelven todas , forman un espectáculo grato. Acaso suele pasar , cortando la nube de las inquietas mariposas , el pájaro mosca juguete primoroso de la estacion ; mas su especie no es tan crecida ni vive tanto en el aire que se le deba dar la misma importancia que á las mariposas , verdadero arco-iris de la tierra , en el cuadro de un verano transatlántico. La mosca de fuego es una novedad mas interesante. Cuando el tiempo se humedece , ó antes de una tempestad , son mui numerosas ; y en la noche obscura y abrasadora de un dia de fuego , cuando era imposible cualquiera ocupacion ó trabajo , solia yo muchas veces entretenerme en seguir su luz incierta ora aquí , ora allí , y verla ya brillar , ya extinguirse , pasando con la rapidez del relámpago y cayendo como una lluvia de estrellas arrebatadas por la brisa de la noche.

.....

En una de nuestras excursiones matamos una culebra de cascabel , que no faltaron tres

dedos para que yo la pisara. Mientras estábamos contemplando nuestro vencido enemigo, con la duda todavía de si era ó no realmente la terrible culebra de cascabel, de que con tanta frecuencia habíamos oído hablar, se llegó á nosotros un labrador, y exclamó al descubrir la víctima : « ¡ Par diez! miren si no han cogido un cascabel. Bien hecho ; perfectamente bien hecho ; esas bestias son el diablo. » En seguida nos dijo que había visto en cierta ocasion una culebra de cascabel despedazarse á bocados, porque, estando en una jaula, la estaban inquietando con una vara, y no teniendo de quien vengarse, desfogó su cólera en sí misma. Muchas veces oímos referir cosas terribles del número de estos desesperados reptiles, que infestan las rocas vecinas de los grandes Saltos del Potomac ; con todo, ni aun el terror que nos inspiraban tan espantosas relaciones podia impedirnos el que repitieramos á menudo nuestras visitas á sus cercanías, para disfrutar el placer de tan sublime escena; afortunadamente no fué castigada jamas nuestra temeridad con el encuentro de la mortal serpiente. Vimos sí lagartos largos y rollizos, horribles miniaturas del cocodrilo, los cuales se deslizaban de las grietas de las rocas, y volvían á precipitarse para esconderse, quizás bajo la misma piedra donde yo estaba sentada; mas todo el mundo

nos aseguraba que son animales inocentes. La vida animal aparece tan infinitamente abundante, y con formas tan variadas y tan nuevas á los ojos de un Europeo, que es de una necesidad indispensable sacudir cualquiera especie de miedo que puedan inspirar todas las tribus arrastrantes, trepantes, saltantes y zumbantes, antes de echarse á vagar en el verano por el territorio de América. Es imposible en mí sentir dar en una descripción la idea de la barahunda y ruido que asalta los oídos por todas partes, desde que empieza el crepúsculo hasta que el sol naciente rompe el velo de la noche y envia á dormir los incansables músicos.

Estéis donde queráis (excepto en las grandes poblaciones) la voz melancólica de la rana llegará á vuestros oídos con su acento elevado, ronco y profundo, repetida por un coro de mil bocas graznadoras. El sapo añade sus gorgoros y voces casi humanas; el grillo repite su nombre durante la larga noche; toda la tribu de las langostas chirria, chillar, grazna, zumba y silba, sin dejar un momento de reposo á los que cansados de oír semejante algazara no tienen ni aun la esperanza de cojer el sueño y libertarse de ella durmiendo : y si el mosquito acompaña ese concierto con su obligado de trompa, entonces ni aun por milagro se al-

canza dormir un instante á pesar del mayor cansancio. En efecto esta buena fortuna no se consigue sino dejando de escuchar : durante mi primer verano, pasé noches enteras, literalmente, escuchando aquella mezcla asombrosa de ruidos, y solo pude recobrar el sueño, cuando familiarizada con ella logré que no excitara mi atencion.

No sé por qué eslabon caprichoso de ideas el recuerdo de aquel tumulto de insectos despierta en mí la memoria de otros disturbios, por lo menos tan rudos y mucho mas incómodos. Ni aun en el retiro en que pasábamos este verano, nos pudimos librar del rumor que producian las elecciones, fiebre endémica que azota constantemente todo el pais. Aunque América reuniera todos los atractivos que ofrecen la naturaleza y los placeres de la vida social, bastaria para hacerme huir de ella esa furiosa manía de elecciones. Con ellas se llenan todas las conversaciones, por ella se irritan todos los caracteres, á ella se debe la substitucion del espíritu de partido á la estimacion personal, ella en una palabra corrompe todo el sistema social. Cuando un candidato se presenta, solicitando un cargo, dignidad ó empleo, su partido lo dota de todas las virtudes y de todos los talentos. Todos los de su bando estan dispuestos á sacarle los ojos al que

se les oponga, y en los estados del sud-oeste donde los ánimos estan exaltados por un temperamento mas caloroso, suelen egecutar esa operacion al pie de la letra. Sin embargo apenas triunfa, se desvanecen sus virtudes y sus talentos, y, excepto los que tienen empleos que dependen de su eleccion ó influjo, todo buen Jonatan vuelve á soltar la carrera y va á galope tendido á elejirle un sucesor. Cuando llegué á América era presidente de los Estados-Unidos Mr. Quincy Adams (Juan), y no podia dudarse, por lo mismo que aseguraban sus enemigos, que era digno por todas razones del alto encargo que desempeñaba. Todo lo que oí decir contra él de mas grave, se reducía á que « era demasiado *gentleman*, es decir demasiado fino, de demasiado buen trato, de modales atentos ó, segun el lenguaje de nuestros *progresistas*, aristócrata. No obstante era menester empujar á un nuevo candidato. Y Adams se quedó fuera por la sola razon, que yo sepa, de que era mejor cambiar. — « ¡Viva Jackson! » fué el grito que resonó en toda la federacion, y que repitieron todos los patriotas ebrios y sobrios, hasta que fué elegido presidente, volviendo, tan luego como ocupó la silla de la presidencia Jackson, á empezar su operacion infinita de *eleccionear* con « ¡ Viva Clay! » por nuevo grito de guerra. »

Una mañana habiendo ido á volver una visita , me hallé en una casa á donde llegó una partida de señores á caballo. El que parecia por su aire gefe de la banda , no nos dejó duda en cuanto al objeto de su expedicion, porque casi al entrar , dijo :

— Mr. P..., vengo á pedir os vuestro voto.

— Y ¿ quién sois vos , caballero ? fué la réplica.

— ¡ Viva Clay !

Tal fué la respuesta, y el voto le fué prometido.

Este ciudadano era opositor á una plaza de representante del estado , pues los miembros de la representacion tienen voto en la eleccion de presidente.

Me presentaron á él como una Inglesa , y el me dirijió la palabra diciéndome : — « Ya veis , señora , que aquí se tratan estas cosas sin disfraz y sin tapujo ; apuesto á que allá se trata la materia con mas rodeos. »

Despues que se marchó, su historia y su posicion fueron el tema natural de la conversacion. « Mr. M. es hombre altamente respetable, y goza de una posicion brillante : no hai duda que será elegido , si está por Clay , » dijo mi huésped.

Entonces pregunté cual era su condicion social.

« Su padre, me respondió la señora de la casa, era negociante y habia enviado al futuro legislador, siendo aun mui jóven, á un puerto del Mediterráneo de sobrecargo. El mozo, que era un mozo libre y liberal, y de un alma verdaderamente levantada, se apropió los productos de su viaje, y con esos fondos tan filosóficamente adquiridos, se dió al comercio, y su fortuna coronó todas sus operaciones con el éxito mas favorable. Al cabo de doce años de ausencia volvió á los Estados-Unidos, hecho un ciudadano rico y de una posicion eminente. A la verdad, fuéme imposible dejar de manifestar la desaprobacion que merecia en mi entender semejante proceder, pero me aseguraron que todo el mundo tenia á Mr. M. en concepto de « un hombre mui de bien, » mui « honorable. »

Si fuera á referir una décima parte de los tratos poco honrosos que los Americanos me han contado de sus conciudadanos y amigos, estoi cierta de que no habria lector ingles que diese crédito á mi veracidad ; seria por lo tanto mui imprudente el prolongar este artículo ; pero nó puedo omitir la opinion que formé en cuatro años de atenta é infatigable observacion. Es á saber : que la conciencia de los Americanos del Norte está mucho mas embotada que la nuestra. Convenced á un Americano de que

su vecino es un mal sujeto, me atrevo á decir (si está enteramente seguro de que de nada puede servirle) que se desentenderá de todo conocimiento con él; no obstante las gentes estan muy discordes en punto á lo que constituye un mal sujeto, pensando de muy diferente modo en uno y otro lado del Atlántico, sobre casi todo el Decálogo. Hai allí, á lo que yo he visto, un sentimiento muy obtuso con respecto á todo lo que concierne al honor.

« Cervantes desterró de España la caballería con sus burlas, » mas no desterró la mejor parte de la caballería que tan hermosamente describe Burke, como « la no comprada gracia de la vida, la defensa barata de las naciones, esa castidad de honor que siente como una herida una mancha, que ennoblece cuanto toca, y por quien el mismo vicio pierde la mitad de su malignidad, perdiendo toda su grosería. » La mejor parte de la caballería corre todavía con la buena sangre en todas las partes de Europa, y no se guarda con menos ahinco que cuando contribuian á su defensa la espada y el escudo. Quizás esta no comprada gracia de la vida no se debe buscar donde jamas ha existido la caballería. Yo no lamento ciertamente la decadencia de los caballeros errantes, ni quiero cambiar la proteccion de las leyes por las del mas bien guisado, leal y

fiel campeón que enristró lanza ó embrazó adarga; pero creo á la verdad que la susceptibilidad caballeresca del honor es el mejor antidoto contra la degradacion en que hacen caer al hombre los tratos mañeros de la vida ordinaria, y que la falta total de ella es una de las razones por que la libre raza de la América septentrional se cuida tan poco de la virtud vulgar llamada probidad.

